

IVÁN OÑATE,
La nada sagrada,
 Quito, Mayor Books, 2010, 2a. ed.

Nacido en Ambato, Ecuador, en 1948, publicó el año pasado la edición revisada del que es acaso su libro más aplaudido: *La nada sagrada*. Menos que un libro de amor es un intenso libro de desamor, o de otra manera, el amor es la nada sagrada, pero esa nada sagrada puede ser en su exacto contrario el infierno de todo. La pérdida de la mujer que se ama –diría Oñate– es la ganancia irremisible de la desdicha. Lejos de las delicadezas de la filigrana o del virtuosismo del damasquinado, el libro está escrito a puñetazos, arrancándose las vísceras, con llanto rabioso e inútil, pero también con ternura y tristeza. Algo entre la furia telúrica y “el estar echado” en el mundo. La vida, diría Oñate, está marcada por palabras como separación, ausencia, abandono, *nada*, que en este libro podrían tomarse en momentos como sinónimos.

En el libro hay una lucha no contra el ángel, sino contra Dios. Es una lucha contradictoria: para él Dios es casi siempre sujeto de denostaciones, pero también de reconocimiento: puede ser un Dios jubilado, o desafortunado, o indigente, o “un impostor moribundo”, pero a quien Oñate podría justificar de que Él no sea tal vez el culpable, porque quizá no le llegaron las cartas selladas que en la desolación él le envió.

Las citas, referencias y homenajes a obras de poetas, escritores, cineastas, pintores, actores y actrices no son en estos poemas literatura sobre literatura –lo cual es una de las cosas más aburridas e insoportables–, sino

descarnada o imaginativamente forman parte de la propia biografía del poeta, o mejor, las ha integrado totalmente a él. Por una parte, obras de seres ferozmente atormentados o marginados de la sociedad como el dramaturgo Tennessee Williams (*Un tranvía llamado deseo*), o los novelistas Malcolm Lowry (*Bajo el volcán*) y Henry Miller (*Trópico de Capricornio*), o un poeta borrascosamente lúcido como Friedrich Hölderlin, o un filósofo y moralista de hondas perspectivas oscuras como Cioran, o un pintor alucinado por el Mal como Francis Bacon –claro, el primer Francis Bacon–, y por la otra, escritores que crearon en sus libros un mundo de álgebra y fuego (Borges) y de sorpresivas magias con lo más mínimo de lo cotidiano (Julio Cortázar). A esto habría que añadir de manera esencial a una actriz y a un actor que señalaron con ceniza la adolescencia y la primera juventud de Oñate, es decir, para siempre y un día: Natalie Wood en *Esplendor en la hierba* y James Dean en *Al este del paraíso* y de *Rebelde sin causa*. Por un lado, la rebeldía feroz pero sin dirección, y por la otra, la ternura incomprendida y el amor que no pudo ser. Por sus versos, que a veces entran en el cuerpo como navajazos repentinos, Oñate pertenecería a la misma familia de dos notables poetas de su generación: el colombiano Raúl Gómez Jattin y el mexicano Francisco Hernández.

Libro áspero, bronco, tierno, en *La nada sagrada* hay líneas intensamente recordables que resumen toda una vida, como esa en donde se considera a sí mismo: “Un melancólico animal/ inepto para la dicha”, y esas, que en su dialéctica encierran una mínima y última luz

en el desconsuelo: “El cielo/ siempre es generoso/ con los que pierden.”

La vida no son solo brevísimos pa-ráisos que el amor nos da. Siguiendo a Borges, a quien tanto admira, Oñate escribe al final su propio poema de los do-nes, y su mayor gratitud es por la Poe-sía, el arte que nos permite al menos escribir lo que fue en algún momento “el esplendor en la hierba” que, gracias a Dios o para desgracia nuestra, nunca merecimos.

MARCO ANTONIO CAMPOS
MÉXICO, 2011

MARCELO BÁEZ,
Catador de arenas,
Quito, Libresa, 2010, 187 pp.

Catador de Arenas, de Marcelo Báez Meza (Guayaquil, 1969) que en 2005 mereciera el Premio Único del IX Concurso Nacional de Literatura Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas-Municipio de Guayaquil, es un texto que sorprende por su estructura lúdica que se plantea, entre otras cosas, reinventar no solo una historia y el punto de vista en torno a una enfermedad como el insomnio, el amor, sus encuentros y fracturas, sino reformular la noción respecto al acto de novelar. De ahí que asistamos a la construcción no de una historia, sino de varias posibles historias (el narrador lo reconoce) que nunca llegan a estar claras ni a tener su clásica resolución.

En este texto el armado de la posible historia madre o central opera a partir de sumar diversas instantáneas que van dando cuenta del drama que debe enfrentar la joven francesa Juliette Perrec y el ecuatoriano Gesualdo Aretino, ambos nacidos en “la década perdida”, según unos, pero muy bien aprovechada por los trogloditas del neoliberalismo, de los ochenta. Juliette, es una turista accidental cerca de graduarse de psicóloga en algún país europeo; él es “un viajero inmóvil” que ejerce de diseñador en “una de las agencias de publicidad que mejor facturan en el medio”. Su encuentro casual en una esquina cualquiera de “una ciudad portuaria”, terminará por ser la invitación a un viaje en el que se van a confrontar la pasión por los relojes de arena de Aretino y el